Cuentos menudos para gente diverse

celebrando 25 años como docentes

Primera Promoción
Educación Especial
1994-2019
Universidad de Las Palmas de GC

1º Edición Digital,
abril 2019

(c) de los textos:
Beatriz Guerra Socorro
Jesús Garrido Landivar
María Lourdes Naranjo Ferrer
Ana Isabel Gil Navarro
Sandra Margarita Nieto Herrera
Carmen María Díaz Vega
María Nieves Rodríguez Robaina
María Jesús Garrido Santana
Ana Zarzo Rodríguez
Daniel Martín Castellano
Lourdes Rodríguez Mayor

No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.

Queda totalmente prohibido cualquier forma de reproducción en cualquier formato, sin contar con la autorización expresa de los propietarios de la propiedad intelectual de esta obra.

Me es muy difícil entender la naturaleza de todas las cosas, es natural ser diferente, esta diferencia nos hace únicos ante los demás… entonces ¿por qué me señalas como diferente a ti?; ¿acaso no somos distintos y por lo tanto en esencia lo mismo?

Declaración de Salamanca - Unesco (1994)

Cuentos menudos
para gente diverse

Prólogo.

No somos escritoras ni escritores.

Somos unos enamorados de la educación
y sabemos que nunca hemos dejado de aprender.

Estos relatos
deben ser leídos como fueron escritos:
desde la humildad,
con el corazón
y con una mirada llena
de esperanza y confianza.

Creemos en nuestros alumnos y alumnas,
vengan de donde vengan,
hagan lo que hagan,
conozcan más o menos.
Nosotros sabemos del
potencial de cada uno
de ellos y de ellas.

Somos docentes.
Llevamos siéndolo veinticinco años.
Y sabemos, que ya no es solo nuestra profesión.
También es nuestra manera de entender la vida
y de andar por ella.

María José y su madre

Jesús Garrido Landivar

Mª José era una niña con síndrome de Down. Los padres, en especial la madre, no consiguieron aceptar esta situación que lo consideraron como una enorme desgracia. La madre cayó en una grave depresión.

Aunque la niña era feliz en el centro y progresaba en el aprendizaje de habilidades de autonomía personal, no era suficiente para levantar el ánimo de los padres y mostrar alguna señal de alegría.

El matrimonio tenía dos hijos mayores, un varón y una hembra. Sin duda estos hijos se sintieron desplazados ante la preocupación –obsesión- que observaban en los padres por causa de la situación de su hermana menor.

Pasaron los años. La niña aprovechó muy bien las enseñanzas del Centro. Y llegó el día de la despedida.

No volví a saber de Mª José en mucho tiempo ni de su madre. Un día, con ocasión de un evento relacionado con los temas de la intervención educativa con estas personas, coincidí con la madre. Tras las primeras palabras de saludos y recuerdos, se dispuso a contarme su experiencia de los últimos años y de la actualidad.

Esto fue lo que me contó: «No sabes cuánto ha cambiado mi vida. Mis dos hijos mayores se independizaron, se fueron con sus parejas. Vienen de vez en cuando, más bien poco. Mi marido falleció. Me quedé sola; con Mª José. Pero lo que yo siempre consideré como mi mayor desgracia está sendo mi mayor consuelo y fortaleza.

«Ella me acompaña constantemente. Cuando sale de casa a hacer algún mandado, asistir a sesiones de gimnasia… el tiempo se me hace largo. Pero cuando llega, toca a la puerta y yo pregunto:

—¿Quién es?

Y ella desde fuera me contesta:

—Soy yo, la alegría de tu casa, el tesoro de tu corazón.

Me lo dice con un cariño tan inmenso que me llena de paz y de felicidad.»

Y uno tiende a pensar que todos somos útiles y necesarios en este mundo, aunque cada uno de distinta manera.

De norte a sur, de este a oeste

Beatriz Guerra Socorro

Aconteció que allí estaban ellas, en la madre naturaleza, anclando sus más profundas raíces en un terreno quebradizo, húmedo y tosco; el cabezón rosado, el drago, el tajinaste azul, la siempreviva, el verode y la platanera. Cada una en su lugar, riscos,barrancos,presas, unas extremadamente raras, otras en extinción, otras endémicas, pero todas a su vez con algo en común, necesitadas de humedad. ¡¡Bendita agua!! Pero ésta no llega, se preguntan porqué. ¿Cómo hacerla llegar a sus raíces? El agua está, siempre está, pero no llega, no quiere manifestarse, no quiere abrir su corazón para enriquecer a los demás. Entendiendo que así no podrían resistir mucho más, decidieron pedir ayuda a quienes sí podían, con sus delicados movimientos hacer que la lluvia llegara.

Así que vieron pasar una mariposa, y que a pesar del solajero,revoloteando, desplegaba sus

coloridas alas,dejando tras sí un reguero de luces que dirigían el camino, hacia un arco iris de colores y formas variopintas.

Le suplicaron agüita y ésta sin dudarlo, no sólo desplegó sus alas al cielo envolvente, cubriéndolo de colores, sino que movilizó las conciencias de los más pequeños para que echaran un cabo.

Y el caracol salió tras los rayos del sol, que se reflejaban en su camino, con la magua de pasar desapercibido pero deseoso de ser útil. Arrastrando con su diminuto cuerpo la humedad que podía.

Al contrario que el picapinos que, con toda su arrogancia, machacaba cada tronco por el que pasaba, dejando su destacada huella de poder. Aún así, con su chulería iba abriendo pequeños canales formando una acequia, que canalizara el agua que iba cayendo.

No sin perder la alegría estaba la abubilla, brincando de un lado para otro, golisneando y valorando todo lo que acontecía a su alrededor. Ya no podía más !!Necesitaba acción!! Con sus aleteos irregulares y suaves ondulaciones distribuía el agua de Norte a Sur, de Este a Oeste.

Temeroso de no encontrar cobijo corría, pequeño pero robusto, el perenquén, evitando que cada gotita caída del cielo se perdiera por el camino. Haciendo todo el ruido posible,entre las piedras, se alongó y fué apañando, en un balde, cada gotita,para él tan imprescindible como su aire.

Y de esta manera, llegaron a todos los rincones de Gran Canaria, llevando el agüita tan necesitada a aquellas especies cuyas raíces no les permitían moverse del lugar.

Llegados a este punto, no es difícil entender que de lo pequeño sale lo grande, de lo exclusivo sale lo variado.

El camino que nos conduce al trabajo bien hecho se va formando al tomar conciencia de que cada estación cumple su función y que juntas forman el TODO que hace posible el cambio.

Así las gotitas de lluvia nos trae un mensaje de ánimo, el viento con su manto envolvente nos invade de coraje, los rayos del sol proyectan esperanza e ilusión y el frío helado nos recuerda a cada instant,e que nada es permanente.

Así, cada estación aporta lo necesario para formar ese camino donde tiene cabida lo distinto, lo original, lo igual, lo opuesto y lo semejante. Y es entonces, cuando nos damos cuenta que los obstáculos y las dificultades se pueden salvar desde el entendimiento, la colaboración y la aceptación de las diferencias.

Los nuevos amigos

Mª Jesús Garrido Santana

Juan Carlos, es un niño de 4º, de aspecto risueño, alegre, siempre dispuesto para ayudar a los demás. Juan Carlos, tenía dificultades de aprendizaje por eso a veces va otro profesor al aula y se pone con él para explicarle más los temas.

Un día el profesor, propuso a los alumnos que realizaran el siguiente ejercicio: En un papel en blanco y de forma anónima debían escribir los nombres de los tres compañeros que más apreciaban y a cada uno le añadirían algunas cualidades (Juan Carlos no participó porque en ese momento estaba realizando otras actividades en otra aula).

Al leer los ejercicios, sólo uno de los 23 alumnos había sido nombrado por todos los compañeros. Se trataba de Juan Carlos.

De él decían: «Me presta sus cosas», «Siempre está contento», «Nunca se enfada», «Me invita para

su cumpleaños», «Siempre que le pido me da parte de su bocadillo», «Cuando algo no lo entiende no se desanima...»

Un día el profesor leyó en la clase lo que habían escrito los compañeros, pero sin decir el nombre y ellos tenían que adivinar de quién se trataba y no les resultó difícil adivinar las que se referían Juan Carlos.

A partir de este ejercicio de clase, un alumno, Óscar que se mostraba algo rebelde con los profesores y con relaciones difíciles con los compañeros, sintió el deseo de hacerse amigo de Juan Carlos.

Óscar a partir de entonces, se fue acercando a Juan Carlos y conversaba con él. A veces se extrañaba del modo de hablar de Juan Carlos y trataba de explicarle otra forma mejor de hacerlo.

El tutor de Juan Carlos y Óscar, que observaba cómo Óscar ayudaba mucho a Juan Carlos y los veía reír, conversar y jugar juntos, decidió nombrar a Óscar compañero-tutor de Juan Carlos. La tarea de Óscar consistiría en ponerse con Juan Carlos en muchos de los momentos que dedicaban en la clase a las tareas individuales, siempre con el asesoramiento del profesor de apoyo.

La amistad entre ambos niño fue haciéndose cada día más intensa. Juan Carlos fue mejorando en sus aprendizajes y Óscar, fue mejorando su conducta en el colegio y en su casa y fueron desapareciendo sus problemas de relación con los demás chicos.

Le dedico mi sonrisa

María Nieves Rodríguez Robaina

Tocó el timbre del recreo a la misma hora de siempre. Bajamos haciendo la fila, firme, como soldados, como no podía ser de otra manera. Creo que la profesora Carmen en su otra vida fue sargento del ejército, un sargento muy duro, de los que te hacen correr veinte kilómetros bajo una densa lluvia, luego hacer doscientas flexiones y acabar saltando la comba durante media hora más.

No sé cómo pude caerme. Los escalones los bajamos y subimos cada día como si fuéramos hormigas saliendo y entrando del hormiguero. Mis piernas me jugaron una mala pasada. Se tropezaron consigo mismas, o al menos eso creo yo. No había ningún obstáculo y tampoco encuentro otra explicación lógica. Caí justo cuando quedaban tres escalones para llegar a la cancha de básquet.

¡Menudo golpe me di contra el suelo! Mi cabeza sonó como si el martillo de mi tío, que es carpin-

tero, golpeara contra la madera maciza más dura de su taller. ¡Qué dolor! Fue como si una inmensa ola fría recorriera todo mi cuerpo, mi mente y no pude evitar llorar.

Justo en ese momento bajaban los niños y las niñas del aula enclave, por la otra fila. Luis se acercó a mí y abrió sus ojos como si hubiera visto la sorpresa más sorprendente del mundo mundial y luego, empezó a llorar.

Él no se cayó, no se había hecho daño, y yo sentía dolor por mi tremendo golpe e incomprensión por la situación de verle llorar a él.

La sargento Carmen me acompañó a ponerme hielo. Ya no me parecía tan dura y... ¡hasta me dio la mano! Aquel golpe derivó en un tremendo chichón en la frente.

Cuando pude volver a tener cordura y sentirme más relajado, me dirigí hacia Luna, la tutora del aula enclave. Ella conoce muy bien a sus alumnos y alumnas y le expliqué lo que había sucedido. Me dijo que Luis no puede ver a nadie llorar porque si es así, él también llora.

Siempre había oído decir que esos niños y niñas eran especiales, mis padres también lo dicen, y ahora entiendo por qué y, verdaderamente creo que lo son.

Cada vez que veo a Luis me dirijo a él, le miro y le dedico la mayor de mis sonrisas.

Si llora cuando lloro, sonreirá cuando sonrío.

Y es cierto, siempre lo hace.

Amor de padres

Carmen María Díaz Vega

Felipe y Susana son una pareja joven y enamorada que llevan 2 años casados, y ambos vienen de familias numerosas. Su mayor ilusión es tener hijos. Pasado un tiempo se dan cuenta de que algo no va bien pues no consiguen formar su propia familia.

Ambos habían hablado siempre de que les hacía ilusión adoptar un niño o una niña; querían tener la oportunidad de proporcionar un hogar familiar, cariñoso y lleno de posibilidades en la vida a alguien que no hubiera tenido la fortuna de ser parte de una «Familia.»

Después de que varios especialistas les informaron de que no podrían tener hijos propios, ellos en vez de desanimarse siguieron entusiasmados con la ilusión de la adopción. Iniciaron los trámites en un país extranjero, pero que tenía muchas similitudes con su propia idiosincrasia para que cuando quisiera

conocer sus orígenes y su país no tuviera ninguna dificultad en cuanto a cultura, idioma, ….

En sus deseos de ser padres nunca hicieron una elección para tener un hijo perfecto. Sólo querían ser padres y dar todo ese AMOR que llevaban en su interior. Al poco tiempo, reciben la notificación de que les han asignado una niña, de un año de edad. Les enviaron fotos y un historial bastante completo sobre su historia personal.

La emoción les invade, se lo comunican a sus respectivas familias y comienzan los preparativos para ir al país de origen a buscar a su futura hija.

La noche antes, les surgen todo tipo de dudas, (como padres por supuesto), no duermen, solo ven pasar las horas lentamente, los nervios se confunden con la ilusión.

Cuando suena el despertador ya lo tenían todo listo, un chófer les espera para llevarlos al centro a buscar a la niña. En el trayecto cogidos de las manos, alternaban sus miradas entre ellos y el paisaje que les rodeaba.

Después de 30 minutos llegan al centro donde los responsables del cuidado de la menor les estaban esperando. Les llevan a una sala, firman los papeles que los autorizaban a llevarse a la niña y luego, 10 minutos de silencio y soledad. Abrazados, cogidos de la mano, caminando por la sala, hasta que por fín, el momento que tanto esperaban se convierte en realidad.

Una niña, hermosa, risueña y serena llega a los brazos de Susana, ella emocionada no puede evitar que las lágrimas caigan por sus mejillas, Felipe en cambio no paraba de sonreír, "y babear" de la emoción.

Estuvieron conviviendo en el país un mes completo hasta que le dieron la adopción definitiva. Al regresar a casa, con el día a día y después de varios meses, se percataron que la niña no hacía cosas que otros niños con su edad era normal que hicieran, se relacionaba poco con sus iguales, no sabía para qué servían ciertos objetos, en ocasiones parecía ausente.

Después de hacerles unos estudios por especialistas les informaron que la niña era diferente a los demás, tenía una serie de carencias que no podrían recuperarse. Ambos se miran y asienten con sus cabezas. Esta nueva situación no les iba a cambiar.

Estaban dispuestos a luchar por ella, para que salieran adelante.

Tanto fue el empeño de sus padres, que hoy en día la niña ya con 13 años continúa sus estudios, al ritmo que le corresponde, no le falta ni el amor de su familia, ni el apoyo de profesionales, y es aceptada pese a sus diferencias.

Al año de cumplirse su adopción la familia se amplía con la llegada de una hermana más, y cuatro años después, Dios les bendice con la llegada de otra hija.

Crece en el seno de una familia que la quiere profundamente, y le proporciona toda la atención, ayuda y apoyo específico que necesita. Hoy en día son una familia feliz, numerosa donde no se hacen distinciones, se atiende a la diversidad familiar y solo prevalece el AMOR.

Jimena y la patineta bombera

Sandra Margarita Nieto Herrera

Cuentan los que lo vieron, yo no estaba, pero me lo dijeron, que todas las tardes se escuchaba en el parque el ruido de una sirena. Pero no era una sirena cualquiera, no era la sirena de la policía, ni la sirena de un colegio, ni tampoco era la sirena de una alarma.

Era una sirena muy especial que hacía Jimena con su voz.

Jimena es una niña de casi 3 años que de mayor quería ser bombera, y por eso, cada vez que iba al parque se llevaba su patineta y se imaginaba alegremente que era la mejor bombera del mundo:

—¡Soy una bombera fuerte y valiente y con esta manguerita apagaré cualquier incendio, ya sea grande o pequeño! Exclamaba Jimena con mucha energía a la vez que hacía sonar su voz.

—¡Nino, nino, nino!….

Aquella tarde a Jimena le esperaba una sorpresa especial.

Irían también al parque sus primos Luis y Miguel, que llevaban poco tiempo en la familia ya que antes vivían en un orfanato en China.

—¡Jimena! —gritaba Luis mientras corría con un casco en la mano.

—¡Yo soy el más rápido! —decía Miguel con energía mientras respiraba de forma acelerada.

Los tres se mezclaban entre besos y abrazos tiernos y mientras Jimena observaba de forma tímida los ojos rasgados de sus primos, éstos tomaban las riendas del juego.

Luis se subía a la patineta con decisión, Jimena iba detrás agarrándose de los hombros de Luis y Miguel, que era el más fuerte, empujaba con energía la patineta bombera.

Aunque entre ellos todavía no se entendían muy bien, utilizaban un lenguaje maravilloso, un lenguaje que rompía barreras y miedos, un lenguaje

que hablaba con la mirada, sonrisas y gestos, un lenguaje que invitaba a jugar y un juego que invitaba a hablar.

Jimena, Luis y Miguel compartían la patineta, inocencia, diversión e inclusión. Unos subían a la patineta, el otro empujaba y los tres cantaban la canción de la patineta bombera: «¡Nino, nino, nino...!»

Aseguraban los que los vieron jugar, que estos tres bomberos, serían capaces de apagar muchos fuegos.

Miguel y Luis ya apagaron el primero.

La caja de piezas sueltas

Ana Isabel Gil Navarro

Hola mi nombre es Piecin, soy una pieza de un puzle miniatura de una bella bailarina. Yo formaba parte de su vestido color púrpura. ¡Era tan bonito! Cuando mis hermanos y yo nos uníamos, parecía que la bailarina comenzaba a danzar y nos sonreía contenta. Yo me sentía tan importante. Sin mí aquel hermoso puzle no se podría montar.

Pero un día, sin saber cómo terminé en el suelo, había gigantes que me pisaban, gritaban y me daban patadas, no se daban cuenta que yo estaba en el suelo… Hasta que se acercó una gigante enorme, debía ser la jefa y me habló con tanto cariño que me recordó a mi hermosa bailarina:

—Pero ¿de donde sales tú, tan pequeñito? ¿Te has perdido?

—¡¡¡Soy Piecin, soy Piecin!!! —yo gritaba, pero no podía oírme.

—¡¡¡Llévame con mi bailarina, me necesita para poder bailar!!!

Pero la gigante jefa no me escuchó, me sacudió el polvo con delicadeza y me metió en una caja llena de piezas de todos los tamaños, formas y colores: piezas cuadradas, ovaladas, con lunares, de colorines, con rayas, purpurina, piezas rotas… había tantas piezas diferentes que intenté buscar alguna con la que encajar.

Había una enorme con el dibujo de un león que me sonrió y me dijo:

—Hola pequeñín, no te asustes, estas en la caja de las piezas perdidas, aquí nadie nos molestará y vivirás tranquilo —le dijo Piezón.

—¡¡¡Pero yo quiero volver a salir a ver a mi bailarina, Me necesita!!! —dijo Piecin.

—Pequeño, los puzles incompletos terminan en cajas como esta. No creo que vuelvas a ver a tu bailarina. Por suerte aquí no nos tiran a la basura; La gigante jefa siempre les dice a los pequeños que nosotros podemos servir para algo, que se inventen una bonita historia y que jueguen con nuestra caja. Pero yo llevo meses aquí y ya ni me acuerdo como era el exterior.

Pasaron semanas y ciertamente la caja permanecía cerrada en aquel estante sin que nadie la cogiera, Piecin vivía con sus nuevos amigos, cada uno contaba su historia, que puzle formaba y como jugaban los gigantes con ellos.

Todas las mañanas cuando entraban a jugar los pequeños gigantes, Piecin se asomaba por la rendija de la caja y podía ver lo que hacían en aquel lugar lleno de juguetes, colores, cuentos… Les iba contando a sus piezas amigas como era aquel lugar. Cuando se marchaban, volvía el silencio, quedaba un gran vacío en aquella habitación, ya casi ni se acordaba de su querida bailarina.

De repente un día se despertaron con mucho ruido, unos gigantes se llevaban todos los juguetes en cajas. Dejaron aquella habitación casi vacía. La gigante jefa decía que tenían que compartir sus juguetes con otros «niños del tercer mundo».

—¿Que sería eso? —pensó Piecin.

—Que iban a aprender a inventar sus propios juguetes.

—¿Cómo harían eso? —volvió a pensar Piecin.

Con gran expectativa fue contando a las demás piezas las caras de los pequeños gigantes al entrar a la habitación casi vacía. Ellos pensaban que se iban a enfadar, pero no; Unos se pusieron a correr, otros a bailar, algunos pintaban las paredes, otros hacían un fuerte con las mesas y unas cartulinas… ¡¡Era todo un espectáculo!!

¡¡¡De repente!!! una de las pequeñas gigantes se acercó a la caja de las piezas sueltas y la cogió en sus manos. Todas las piezas se asustaron, hasta Piezón dio un vuelco y soltó un pequeño rugido de miedo.

—Grrrrruua

Vació la caja en el suelo, algunos pequeños gigantes se acercaron y empezaron a encajar las piezas.

—¡Pero como vamos a encajar si somos tan diferentes! —pensó Piezón.

—A mí no me importa —dijo Piecín—. Es muy divertido salir de la caja, y mira se lo están pasando mu bien.

Poco a poco, los pequeños gigantes fueron encajando las piezas de diferentes colores y formas, fueron limando los sobrantes y recortando los

salientes hasta ir formando una silueta multicolor. Las piezas no tenían que encajar a la perfección, las iban adaptando unas a otras hasta formar poco a poco una hermosa bailarina con una falda con trozos de diferentes animales o personajes, llena de lunares, con rayas, purpurina… aunque quedaran huecos entre las piezas, los pequeños gigantes colorearon aquellos espacios o los rellenaban de una masa que nos ayudaba a quedar bien encajados unos con otros.

Cuando estuvo terminada, a la gigante jefa le gustó tanto el nuevo puzzle que nos puso en lo alto de la habitación para que todos nos pudieran ver.

Desde entonces, todas las noches, mi hermosa bailarina multicolor, baila para todos nosotros. Y yo, el pequeño Piecín, con mi color púrpura, ocupo un lugar importante: su corazón.

La vendedora de los buenos deseos

M.ª Lourdes Naranjo Ferrer

Benjamín vive en un pequeño pueblo donde todos sus habitantes se conocen. Es el más pequeño de cuatro hermanos, de ahí el nombre en Benjamín, el más pequeño pero el más especial. Benji, como todos le llaman tiene 12 años. Es un niño noble, alegre, cariñoso y querido entre sus vecinos pero no está exento de algunos comentarios (lento y con dificultades para entender algunas cosas). Es un niño especial que se hace ver y sentir.

Cada tarde después de salir de clase y descansar, se va a la tienda de doña María. Una vecina muy peculiar, regenta la única tienda del pueblo. Esa tienda con sabor y olor a todo, donde se hacen pedidos por encargos. Doña María, es la dueña de la tienda de ultramarinos. A sus 80 años, conoce a todos sus vecinos y sus historias (de los que están y de los que ya se han ido). Todos la llaman cariñosamente doña Mariquita, vende de todo y da mucho amor a todos.

Entre su más fiel asiduo a la tienda, está Benji, que se presta voluntario para ir a comprar o para observar y pasar las horas de la tarde antes de irse a cenar en la tiendita de Mariquita. Se coloca en una esquina del mostrador y aunque

no tenga que comprar, prefiere pasar las tardes escuchándola y observando cada cosa que ocurra en la trastienda. Es por ello, que le ha preparado el mejor lugar de la tienda y le ha puesto una butaca para que se sienta a gusto. Se caracteriza por su amabilidad y afabilidad con todos y para todos. Cuando algún vecino no trae dinero, ella saca del cajón de la máquina registradora su libreta de «fiados».

Lo más sorprendente es que toda persona que entra en su tienda, sale con una sonrisa, una frase, un dicho que le hace reconfortar. A Benji, le gusta todo el entramado que lleva la tienda, pero en especial le gustaría tener "el don" que tiene doña Mariquita, sus elecciones de vida como así la llama él. La observa con detenimiento, no solamente es tendera sino también consejera de buenos deseos y consejos. Benjamín, siempre tiene los ojos, las orejas, su corazón y su mente siempre atentos, abiertos, en actitud de escucha y observación.

La ilusión suya es tener una tienda de ultramarinos y más allá, y ser un buen mensajero de buenos deseos. Poder despachar y vender los productos de la mejor e inigualable tienda de pueblo y charlas con sus vecinos.

Mariquita se siente ya mayor y necesita un ayudante en quién confiar. Se ha fijado que su más fiel visitante, no tiene amigos con quién jugar y no le llaman para salir. Le cuesta expresarse con claridad y desenvolverse con soltura, pero tiene una gran virtud, que tiene muchas ganas de aprender.

Cada tarde, nuestra consejera de los buenos deseos, le enseña una tarea a realizar y mecanizar, sin que él se

de cuenta. Todo lo hace a través de juegos y de repetir la misma tarea hasta que la haya asimilado y la pueda realizar por sí solo. Lo importante es equivocarse, le dice ella, pues de los errores hay que aprender y están para uno mejorar. Le enseña que las cosas más importantes no se ven ni se aprecian a simple vista y hay que aprenderlas, que cada aprendizaje lleva distintos momentos y que las actividades se gradúan de más sencillas a las que más nos cuestan.

Poco a poco, Benji, va a prendiendo a colocar la mercancía, a organizarla por productos y fecha de caducidad. A realizar pequeños cobros de mercancías, en especial cuando vienen sus compañeros de clase y del colegio, a comprar golosinas. Es en ese momento, cuando doña Mariquita va a la trastienda como excusa, en busca de un producto. Sin darse cuenta, nuestro amigo se siente seguro de sí mismo, no tartamudea, ni es lento para servir las golosinas y cobrarles sin errores aunque a su ritmo, es decir, más seguro que el de los demás. Cuando les da la vuelta del dinero, se despide de ellos con un refrán, un dicho, una frase o palabra bonita y una sonrisa.

Sin darse cuenta y como un juego, va reforzando la escritura cuando anota en la libreta lo que vende, con las cuentas, cuando realiza las sumas y multiplicaciones de las compras y las restas y divisiones cuando reparte o da el cambio de monedas. Poco a poco sus compañeros/as de clase y del barrio lo van incluyendo en sus juegos, les invitan a salir, ir al cine,… Sienten que ser diferente no es nada malo, que lo bueno está en lo diverso y que Benji, es igual que ellos, sólo que necesita su tiempo para realizar las cosas y que sus ritmo es distinto al de ellos pero que al final

lo hace. Se siente parte de un grupo y componente de él, es uno más. Cada uno aporta al grupo lo mejor de sí.

En el colegio utilizan unos ordenadores y tabletas, que utilizan como herramienta de trabajo, les enseñan a buscar información, a resolver problemas… Benji, le pide a su profesor que le enseñe cómo hacer un registro de inventario para la tienda y dárselo a doña Mariquita, para hacer las tareas de las cuentas más llevaderas... Aunque sigue yendo a la tienda a ayudarla, cada vez son más espaciados los momentos que pasa con ella. Ahora tiene tiempo con quién compartir lo aprendido y jugar. Deja atrás, estar solo y pasar desapercibido, no importar y no ser visto.

Cada día que pasa en la tienda, siente más seguridad en sí mismo y confía en sus posibilidades, ha aprendido que equivocarse y cometer errores no es malo. Que el esfuerzo y la constancia en las tareas de la vida diaria tienen una recompensa. Que es necesario que una persona te tienda la mano y confíe en tí para ser uno mismo y poder brillar.

La frase de vida que le regaló la mejor tendera del mundo mundial y vendedora de buenos deseos, fue «serás en la vida, lo que tú quieras ser».

Doña Mariquita le dio el primer día que empezó en la tienda, su primer deseo, no dejes que nadie te diga lo contrario, busca, encuentra lo que quieras y persíguelo". Se dio cuenta que tuvo a la persona adecuada en el momento adecuado que confió en él y que lo aceptó por ser cómo es y no, por lo que no podía hacer o realizar.

Le contagió y le regaló un pedacito de felicidad. Benji, siempre estará agradecido con ella.

Jennifer y Luis

Ana Zarzo Rodríguez

Jennifer y Luis, son dos niños que van al mismo colegio y están en Primero de Primaria.

Jenny, que así le llaman, tiene 7 años, ha repetido curso y tiene Síndrome Down. Luís, es más pequeño, todavía no ha cumplido los 6 añitos, dicen que es muy listo, los compañeros no saben porqué dicen que es «un A.C.»,

«¿Será por eso que es un poco raro?», piensan ellos.

El estar en estudio de Altas Capacidades (AC) es desconocido y no se entiende «¿eso de A.C. qué es?», dicen los pequeños.

La historia de Jenny y de Luisi, como le gusta llamar esta pequeña a su amigo, comienza cuando llevaban una semana de curso.

Estaban en el recreo y, Jenny, juega con otros dos compañeros al escondite. Ella ya lleva tiempo en el centro y los niños la conocen. Luís, sin embargo, está sentado en un rincón con un cuento en las manos.

Jenny, se acercó a él y le preguntó:
—¿No juegas?

Luis respondió:
—¿Con quién? Yo leo solo.

A esto Jenny siguió preguntando:
—¿Por qué estás solo?
—Es que soy raro y no quieren jugar conmigo —dijo Luis.
—Yo también soy rara, eso dicen, pero juego. ¿Quieres ser mi amigo? ¿jugamos? —comentó Jenny.
—Es que me gusta leer y soy pequeño, tú eres más grande —claro ella es más alta.
—Yo también era pequeña antes. A mí, me gusta jugar, ¿y a ti? —Jenny respondió.

En ese momento llegaron Rubén y María, los compañeros del recreo. Dijeron gritando: «¡¡¡Jenny, te encontramos!!!»

Desde el alboroto de los niños en el encuentro, Jenny tomó la palabra:

—Este el Luisi, y no sabe jugar al escondite, tenemos que enseñarle.

El resto de los niños se pusieron a la tarea, le explicaban en qué consistía jugar al escondite. Luis, ponía cara de «claro que si se esconden, hay que encontrarles», su lógica le hacía estar en una postura de incomprensión, ¿por qué eso tan soso les divertía y estaban contentos? Por su parte, Jenny, al verle tan quieto, le preguntó con la espontaneidad que la caracteriza: «¿Te gusta más leer que jugar? ¿No quieres jugar? ¡Es muy «diver» estar con los amigos! ¿Quieres ser mi amigo? ¿Estás triste?

Jennifer es muy observadora, desde el principio de clase ha visto a Luis solo, ¡claro, como es el que sabe todo lo que pregunta Loli, la seño, y es nuevo y también es más bajito que los otros niños, porque tiene menos años, ¡es más peque y no sabe! Piensa ella.

Este pensamiento se volvió en objetivo del curso: ayudar a Luisi.

A partir de ese momento, cada día, al llegar al cole, Jenny se pone al lado de Luisi y le va diciendo las rutinas del inicio de clase, se pone junto a él, le pide ayuda para leer todo lo que pone Loli en la pizarra, que le explique la historia del cuento que leen, le lleva a todo grupo de juego al que, ella, se entrega en cuerpo y risas. Comparten sus actividades.

El día de cumpleaños, es una fecha principal en la vida de todos los niños y niñas. Este curso casi todos cumplían siete años, otros, como Jenny, ocho y Luisi cumpliría seis. Luis ese día siempre se encontraba más diferente que nunca en su grupo. No quería nunca celebrar "su cumple". Los padres de Luis, sufrían, porque no habían podido celebrar el cumpleaños de su hijo con otros niños y solo estaba la familia. Su hijo era diferente y los compañeros no le entendían. Su hijo no tenía amiguitos.

Llegó el día de mayo en que era el cumpleaños de Luis. Para sorpresa de todos, Luis dijo a sus padres que quería una tarta y globos para sus amigos. Los ojos de sus padres eran más grandes que una luna llena.

—¿Quiénes van a venir? ¿Quiénes son tus amigos? —preguntaron los padres.

—¿Una tarjeta?

—Si, mírala, mamá. —dice eso enseñando una hoja de libreta recortada. Ella escribe un poco torcido —sigue diciendo—, es que tiene las manos gorditas, pero es chachi, divertida, juega conmigo, me enseña a jugar y yo leo con ella los cuentos y hablamos de lo que dicen los personajes. Ella tiene amigos y ahora también son míos.

La madre de Luis, lloraba de emoción. Jenny había ayudado a su hijo a integrase en su grupo y ser feliz entre sus compañeros de clase. La amistad, pensó, es la mejor pedagogía.

La fiesta de disfraces

Daniel Martín Castellano

Tamara no es la más alta de la clase. No llega bien a coger los puzzles. Pero ella tiene un sueño.

A Joaquín no le gusta jugar al fútbol. Tampoco le gusta jugar con unos muñecos que parece que están siempre enfadados. Pero él tiene un sueño.

A Alba se le escucha poco. No le gusta contar chistes ni cantar ni hablar cuando hay mucha gente escuchando. Pero ella tiene un sueño.

Gael no puede estarse quieto. A veces se sube a las mesas y otras se esconde debajo. Pero él tiene un sueño.

Tirma no escucha muy bien. Tiene un pequeño aparato que lleva pilas en su oído. Pero ella tiene un sueño.

El sueño de Tamara es convertirse en una médica. Para sanar a la gente cuando le duele una muela, la barriga o se han dado un golpe en el pie. Por eso en la fiesta de carnavales, se disfrazó con una bata blanca.

Joaquín también se disfrazó. Se puso una camisa y un pantalón de color blanco. Pero él iba disfrazado de enfermero. Porque la ilusión de Joaquín es ser enfermero. Así podría cuidar de sus abuelos. Él sabe tratar a los demás con mucho cariño.

Alba apareció en la fiesta con un uniforme azul oscuro, unos guantes y unas botas altas. Porque ella quiere ser policía, jefa de policía, para ayudar a todo el que pudiera necesitarlo. Alba es muy buena con todos.

Gael vino disfrazó de bailarín. Ese es su sueño. Quiere bailar en los teatros más importantes de todo el mundo. Ese disfraz le va muy bien, porque como nunca se está quieto... Por cierto, Gael baila no puedes dejar de mirarlo... lo hace tan bien.

Tirma sabe hacer galletas, zumos de fruta y unos espaguetis con salsa de tomate riquísimos. Su sueño es ser cocinera. Por eso llegó a la fiesta con un

gorro blanco. Tirma dice que comer bien ayuda a sonreír. Y creo que tiene razón.

Se están divirtiendo mucho en la fiesta de carnavales.

Todos son diferentes y tienen grandes sueños, aunque sus manos sean chiquititas.

Pero cuando están juntos, tiene todos un mismo deseo: tocar unidos en un mismo grupo de rock.

Manuel y su entorno

Lourdes Rodríguez Mayor

Se llamaba Manuel y nunca fue al colegio. Tenía muchas ganas de andar y andar, explorando todos los alrededores de su pequeña casa, que se veía a lo lejos encaramada en un risco. Había veces que no regresaba y dormía al soco de una cueva.

Manuel no usaba zapatos y eso hacía que sus pies encallecidos no sintieran el frío, ni el calor. Hacía recados si le daban algunas monedas, sin saber que se las daban para que se retirase a otro sitio.

Manuel no hablaba, oía. Sus capacidades básicas, quizás, no fueron reforzadas a tiempo, pero comprendía muchas cosas.

Un día que me encontré con su madre le comenté:

—Qué pena no tener un centro cerca donde enseñar hábitos al niño.

—Él está atendido ¿qué le van a enseñar?

(Era como se entendía en otros tiempos la discapacidad; pese a ello insistí)

—Él sabe cuando le mienten y no obedece. Protege a los niños que se le acercan para jugar, sin embargo les tira piedras a los que vienen a molestarlo. Se podría trabajar con él.

La señora me volvió la espalda y se marchó.

Pasó el tiempo y este joven quedó huérfano y marchó a vivir a otro lugar con sus hermanos; cual fue mi sorpresa al volverle a ver. ¡Ya se ponía zapatos! Y algo más, «dirigía el tráfico de su calle».

Pregunté al artífice de ese "milagro" y me contestó:

—Come con nosotros en la mesa. Cuando quiere salir le doy los zapatos… o no hay calle.

¡Aleluya! Por fin llegó la intervención. A su manera…pero funcionó.

Por los riscos andaba y corría
tiraba piedras a los que venían
acercarse a la mesa quería,
pero nunca se lo permitían
cuando la comprensión y la ternura llegó
él con ayuda se adaptó.